

Lleve usted su orinal

Víctor Pliego

El culto a la cultura requiere templos cuya construcción obliga al pago de grandes ofrendas. La arquitectura es la actividad preferida de los gobernantes de las artes. En las últimas décadas han brotado alegremente por toda la geografía hispana estos espléndidos monumentos a la civilización. Todos presentan fachas maravillosas, adictas al diseño más ultra-super-mega-vanguardista. Su construcción suele ser carísima, al menos desproporcionada en cuanto al uso que se hace de ellos, porque luego los presupuestos para actividades se quedan muy detrás de la inversión en obras. Los agresivos gestores de estos progresos son más rumbosos librando caudales públicos en favor de las constructoras que financiando el quehacer cotidiano del arte, que se afloja a empresas privadas.

Los suntuosos templos de la cultura (teatros, auditorios, museos, bibliotecas...) están concebidos, como en la remota antigüedad, para ser reverenciados desde el exterior y no para ser habitados. De hecho, su ocupación suele resultar harto problemática, pues los arquitectos que tanto miman la estética del trazo suelen olvidar su función, esa cosa enojosa que resulta de ordinario estorbada por su formidable falta de previsión.

Estos partidarios del arte por el arte han creado salas de exposición inaccesibles para los cuadros (y no digamos para las esculturas); grandes auditorios en cuyo estrado no cabe una orquesta; camerinos sin duchas ni letrinas (lleve usted su orinal); teatros con ventanales (ignorando que desde el siglo XVII el teatro requiere oscuridad); escenarios con abruptos y retorcidos accesos, inexpugnables con bata de cola; y otras mil maravillas que desafían al ingenio más despierto. La cáscara usurpó al huevo su contenido, dejándolo huero. Estamos en época de puesta y pronto veremos los nuevos frutos nacidos de la fiebre electoral y constructora: más cáscaras que pollos, me temo.